

a pesar de todas sus notas de solidez, a veces, y de fuerza, en algunos, por primera vez encuentran un artista tan potente y audaz"<sup>3</sup>.

Actualmente el poeta está en prisión, debido a su militancia política de oposición al actual Gobierno dictatorial de Grecia.

## NOTAS

<sup>1</sup>Se acostumbra a llamar genéricamente "modernos" a los poetas que dejan el camino de las formas tradicionales, representadas en especial por Palamás, Sikelianós y Várnalis, y acogen influjos de las nuevas tendencias estéticas europeas, hacia el año 30, principalmente el surrealismo. Entre ellos hay orientaciones muy diversas: los hay más abstractos e individualistas, como Seferis y Elytis; los hay con inquietudes sociales, como Thrakiotis y Ritsos.

<sup>2</sup>Yanis Ritsos nació en Novemvasía, en 1909.

<sup>3</sup>Cit. por Kordatos, *Historia de la Literatura Neohelénica*, vol. II, p. 559. En versión realizada del francés por Luis Bocaz, se ha publicado en castellano el poema "A Pablo Neruda", de Ritsos. Figura en la revista *Aurora*, N.º 4, Segunda época, dedicada a la celebración de los 60 años del poeta chileno, Santiago, 1964. Reproducimos en la parte antológica de este artículo un fragmento de esa versión.

## BREVE ANTOLOGIA POETICA DE YANIS RITSOS

## SINFONIA PRIMAVERAL

(FRAGMENTOS)

## I

*Dejaré / la blanca cumbre nevada  
que entibiaba con sonrisa desnuda  
mi infinita soledad.*

*Sacudiré de mis hombros  
la dorada ceniza de los astros  
como los chincoles / sacuden la nieve / de sus alas.*

*Así, sobrio, humano, íntegro,  
así, lleno de alegría e inocente,  
pasaré / debajo de las acacias florecidas  
de tus caricias / y picotearé  
de la primavera el vidrio todo-luz.*

## III

*Mira, amada / cómo te miran / mis manos apenadas,  
como dos niños huérfanos  
que en el atardecer lloraban / sin pan  
y se durmieron tiritando / sobre la nieve.  
Amada, / mira cómo vacilan / mis manos apenadas.*

## IV

*Caminas / entre mis terrazas polvorientas  
con un amplio vestido primaveral,  
con aroma de hojas verdes, / de cielo recién lavado  
y alas de gaviota / sobre un mar matinal.*

*Mira las fotografías / la madre muerta,  
el hermano muerto / y mis pálidas hermanitas  
con sus bucles de luna / y con una sonrisa lejana  
pendiente de sus rostros, / como una jaula con canarios  
colgada en una casa pobre / donde todos han muerto.*

*¿Dónde hay un cargador  
que traslade estos muebles / al subterráneo?*

*Vamos a los campos / para vestir en los dedos  
las amapolas y el sol / y la verdura nueva.*

## VI

*¡Cuán joven soy, / cuán joven soy  
debajo de tus párpados!*

*La memoria de las despedidas  
no arruga mis manos / que madrugaron en tus manos.*

*Se hundan los astros / en los abismos de tus ojos  
y florecemos nosotros, / fieles y hermosos,  
como las criaturas / en el día primero de Dios  
cuando no habían preguntado ni dudado.*

## XII

*Creando flores inútiles / me olvidé de vivir.  
Tras / los barrotes de los libros  
aprisioné los rosados / rostros de mis días.  
El resplandor amarillo de la lámpara  
lagrimeaba mi terraza,  
mientras las voces de los campos, de las aves  
inundaban la infinita noche / de julio.*

*Cuando tu mano clara / rasgó la noche,  
en el deteriorado reloj del rincón*

fosforecieron las manecillas del alba  
y el cuclillo muerto / proclamó primavera.

Mis días muertos / no habían muerto.  
Tras la puerta cerrada, / silenciosos,  
como niñas no amadas / te esperaban.

Cómo pagarás / una muerte que fue sepultada  
bajo tu halago, / un niño que durmió dieciocho abriles  
para despertar en tus brazos.

## XIV

Extendemos las manos / al sol  
y cantamos.  
Cada ave / que se sumerge en lo azul,  
cada yerbecilla / que crece en el extremo del camino  
nos trae el mensaje de Dios.

Los hombres / pasan junto a nosotros,  
hermosos, amados, / vestidos  
con nuestro sueño, nuestra juventud / y nuestro amor.

Amamos / el cielo y la tierra,  
los hombres y los animales, / los reptiles y los insectos.  
Estamos también nosotros, / todas las cosas juntas,  
también el cielo y la tierra.

## XVIII

Cierro los párpados / bajo la noche apacible  
y escucho trinar / miríadas de astros  
donde se arrastraron / tus albos dedos  
sobre mi carne.

Soy / el cielo estrellado / del estío.

Tan profundo y hermoso,  
tan grande llegué a ser / por tu amor,  
que ya no puedes / abrazarme.

Amada, / ven para que nos repartamos  
los dones que me trajiste.

*He aquí que el bosque se dobla  
por el peso de sus flores blancas.*

## XX

*El atardecer de verano / entraba por la ventana  
a la blanca cámara / de mi casa paterna.*

*Una fragancia de yerba verde y de jazmín  
ondulaba en el aire apacible.  
Y un paso leve / como centelleante pie de ángel,  
rodeaba nuestra casa.*

*Era tu paso, oh Amor,  
que buscaba, tanto años antes,  
bajo la luna estival / encontrarme.*

EPITAFIO<sup>1</sup>

*Día de mayo te fuiste; — día de mayo te pierdo  
primavera, hijo, que amabas; — y te subías arriba  
de la azotea y mirabas — y sin llegar a saciarte  
ordeñabas con tus ojos — la luz entera del mundo.*

*Y con la mano extendida — me mostrabas una a una  
las cosas dulces y buenas — y de brillantes bellezas.*

*Y a lo lejos me mostrabas — celeste el mar azulado,  
los árboles y los montes — y el velo de la mañana.*

*Seres pequeños y pobres, — avecillas y cigarras,  
guijos, hormigas, arbustos, — azucenas, rosas y algas.*

*Mas aunque tú me mostraras — las estrellas y los llanos,  
más hermosos los veías — allí en tus ojos de mar.*

*Con voz dulce me contabas, — cálida voz varonil,  
tantas cosas que no igualan — a las piedras de la playa.*

*Me decías serán nuestras — todas esas hermosuras.  
¡Mas te apagaste y se fue — nuestra luz y nuestra lumbre!*

## A PABLO NERUDA

(FRAGMENTO)

*Estamos aquí**existimos**plantamos el estandarte de la poesía en el hielo**el hielo se funde**una ciudad se levanta**y otra**una ciudad de diamante**el canto**aquí el dolor no existe.**Salud.**Es preciso que los hombres aprendan a cantar.**Nuestro nuevo dolor.**Pablo,**mi hermano**la carta que me enviaste no la he recibido —**ponen muchos barrotes en la noche**para que nuestras manos no se encuentren.**No saben**que nuestras manos bajo el barroto cavan**los caminos subterráneos del encuentro universal.**No saben**que nuestros versos trazan por encima de los barrotes**los corredores aéreos de la libertad.**No saben**que para nosotros no existen barrotes**sino barras de fierro para las nuevas casas de la fraternidad.**En la noche, sobre las ciudades**las dos hojas de nuestros corazones golpean como dos postigos abiertos  
al viento norte.**Cuando el óleo del silencio sube más alto que el nivel de los techos**oigo, al fondo, en el desierto de la inmensidad**desplegarse las banderas de tus versos y el galope de tu caballo.*

## POEMAS DEL VOLUMEN "TESTIMONIOS"

## SOLO CON SU FATIGA

Toda la noche galopaba, enardecido, taloneando sin piedad  
a su corcel. Lo esperaban —lo sabe— sin falta alguna.  
Era una gran necesidad. Cuando llegó con el amanecer,  
nadie lo estaba esperando; no había nadie. Miró en torno.  
Casas desiertas, cerradas. Dormían.  
Escuchó junto a sí a su caballo que jadeaba,  
espuma en el hocico, llagas en los costados, despellejado el lomo.  
Abrazó el cuello de su overo y comenzó a llorar.  
Los ojos del animal, dilatados, oscuros, moribundos,  
eran dos torres suyas, lejanas, lejanas, en un inmenso paisaje en que llovía.

## HASTA EL ALBA

Corría por el potrero lleno de altos cardos.  
Grandes relojes y campanas resonaban tras ella.  
Después un golpe de tambor, después un segundo golpe —corría.  
Muchos golpes de tambor en la medianoche. Su sangre  
se iba de sus pies y de sus manos. Jadeaba.  
Tropezó en algún lugar y cayó. Su ímpetu se detuvo.  
Lo mismo también su terror. Sólo la duda serena:  
qué sería el obstáculo —quizás extrañeza.

Así, caída en tierra, buscó con todo su cuerpo:  
levantó la cabeza de una estatua cortada.  
Le despejó los ojos. Se detuvieron los relojes;  
se detuvieron las campanas y los tambores. Estaba amaneciendo.  
Eso que sostenía como un niño entre sus manos  
era su propio rostro. De sus labios manaba  
un hilo de leche, que blanqueaba brumosamente bajo la aurora.

## TEATRO ANTIGUO

*Cuando, hacia al mediodía, se encontró en el centro del teatro antiguo, un joven griego, despreocupado, tan hermoso como son los griegos, lanzó un grito (no de admiración. Admiración no la sintió en absoluto, y aunque la hubiera sentido ciertamente no la habría demostrado), un simple grito, surgido acaso de la alegría indómita de su juventud o lanzado quizás para probar la acústica de ese lugar. En frente, por sobre los montes escarpados, el eco respondió, el eco helénico que no imita ni repite, sino que simplemente continúa en una altura inmarcesible el eterno clamor del ditirambo.*

## PERSPECTIVA

*Nuestras casas están construidas sobre otras casas, de mármol, rectilíneas, y aquellas sobre otras. Sus cimientos se sostienen sobre las cabezas de estatuas erguidas, sin manos. De este modo, por más bajas que estén en la llanura, bajo los olivos resguardadas nuestras chozas, pequeñas, ahumadas, con sólo un pequeño cántaro junto a la puerta, te parece que permaneces en la altura y te ilumina el éter por todo el rededor, o a veces te figuras que estás fuera de las casas, que no tienes casa alguna, y vagas desnudo, solitario bajo un cielo terriblemente azul o blanco, y una estatua, alguna vez, apoya levemente su mano sobre tu hombro.*

## TRABAJO

*Día a día se desarmaba. Primero se desnudó de su ropa, después de su ropa interior, más tarde de su piel, más tarde de su carne y de sus huesos, hasta que al fin quedó esa simple, cálida, diáfana esencia, a la que solo, sin apariencia ya y sin manos, la moldeaba en pequeños cántaros, poemas y hombres. Y probablemente, uno de entre ellos, fuera también él mismo.*

## EL OTRO LUGAR

Se miró en la vitrina oscura de una calle apartada  
 y así, mientras la golpeaba por una parte la luz de la mañana,  
 y por otra su propia sonrisa amarga,  
 aparecieron las profundas arrugas junto a sus ojos.  
 "Estoy envejeciendo", dijo; y sintió una suave paralización en sus piernas.  
 Abrió entonces su cartera para depositar una limosna  
 en la mano del mendigo. Sin embargo ningún mendigo  
 se veía en la calle. Divisó en la vitrina  
 el mismo gesto suyo — probablemente un reflejo,  
 un inocente y gentil autoengaño — quizás también engaño—  
 y sonrió de nuevo a su espectro. Sacó entonces su peineta  
 y se peinaba tranquila, segura, para ese otro lugar.  
 Si no existía ya un camino para más acá o más allá,  
 existían en el fondo de la vitrina oscura sus arrugas iluminadas  
 como una pequeña escala, derecha. La podía subir.  
 ¿Pero, y si detrás del vidrio, detrás justamente de su imagen,  
 observaba invisible el empleado del establecimiento?

## UNA HISTORIA INSIGNIFICANTE

Cuando era pequeña le abrieron los oídos a fin de que llevara —así decían— pen-  
 [dientes.  
 Creció. Se casó. Crió hijos. Y no usó pendientes.  
 Un anochecer dijo su hijo mayor: "Yo, madre, me voy,  
 y un día te he de traer —ya verás— unos pendientes  
 macizos de oro, y largos, que descansen en tus hombros.  
 Ella sonrió lejanamente: "Basta con que vuelvas, hijo mío".

Años pasaron. El hijo se casó. Creció a sus hijos. No trajo los pendientes.  
 Mucho envejeció la madre. Se encorvó. Sus hombros  
 tocaban sus oídos. Le debería enviar medidas  
 para que los pendientes no fueran ya tan largos.  
 Hasta que un día  
 se rasgaron de repente en sus oídos los agujeros hasta abajo.  
 Entonces comprendió que su hijo había muerto.

## LA SUBIDA

*Días y días se pasaba en un potrero ajeno, pensando de continuo en trepar ocultamente a la higuera desnuda, con el fin de mirar el mundo desde lo alto, con la sensación de una hoja o de un pájaro. Pero siempre alguien tenía que pasar, y siempre para más tarde lo dejaba.*

*Un atardecer*

*miró todo el contorno —soledad absoluta— y se subió a la rama más alta, y entonces se escucharon unas voces entre los arbustos: “¿Qué haces allí arriba?”. Eran voces fuertes, y él les respondió: “Un higo, había un último higo”. El gancho se quebró.*

*Lo levantaron. Mantenía la mano derecha fuertemente cerrada. Cuando lograron abrirle los dedos, no encontraron nada.*

<sup>1</sup>(Fragmento del Lamento de la Madre del poema “Epitafio”, escrito en verso y estilo del canto popular. Sobre su texto, el

músico Mikis Teodorakis, hoy en prisión al igual que el poeta, compuso una de sus obras corales de mayor envergadura.)